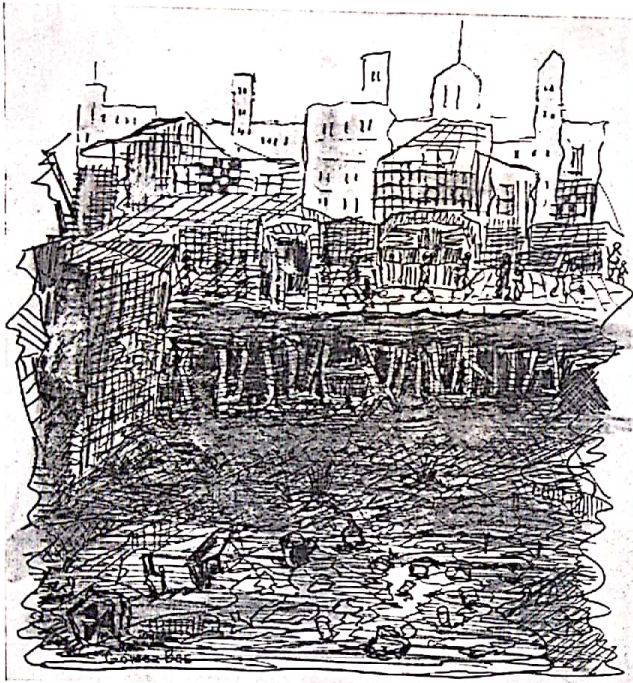


BALDIOS

Por JOAQUÍN GÓMEZ BAS



De una semana para la otra surge el baldío, al mismo nivel de la calle, o un poco por encima, o impresionablemente profundo. Lo advertimos porque la endeble cerca que lo circunda nos obliga a salir de la vereda y exponernos al tránsito matagente. Y entonces memorizamos. ¿Aquí qué había?

Una cantina, el último reducto céntrico para escabiar al pie del estanco; una peluquería, con un oficial eczematoso que hablaba siempre de su jubilación inminente; una carnicería, siempre olorosa de sebo semipútrido; una casona con balcón de arabescos coloniales y su leyenda de uxoricida por adulterio; una talabartería, con arneses chapeados colgando de su dintel; una farmacia, con báscula de peso gratis y específicos a precio de asalto; una pizzería, envuelta en su niebla hedionda de aceite de sáballo frito; una ferretería, con su umbral atiborrado de palanganas de aluminio; un conservatorio de música, canto y baile, cueva permanente de alaridos y zapateos; un copetín al paso, con taburetes de asiento hundido y tarifa de ladrones; un café, refugio nocturno de malandrines y jugadores de dominó; una tienda, el consultorio de un médico, una verdulería, un quiosco de cigarrillos, un fondín, un librero de viejo, una japonesería a quinientos pesos por limpieza y planchado de traje, un cinema, un sanatorio, un taller de vulcanización...

Ahora solamente un hueco, delimitado por los tres muros de otros tantos edificios modernos, insolentes, erigidos en su cuadrículada apostura de colosos ciudadanos. Hueco para el estupro y el crimen de la aurora, cuando el baldío es más baldío que nunca, desdibujado

en la sombra, cubierta su irregular superficie por los residuos que escupen las elevadas ventanas linderas y por los trastos que desparramó subrepticio el portero de la casa de enfrente, decorado por los cacharros de lata de la comida en conserva que ingiere con apuro y sin apetito la bailarina que vive al lado.

Un baldío, dos, a veces más en cada cuadra. Disimulados con tapiales de madera de canto para evitar el pegoteo de los carteles. Baldíos yermos y yertos, abandonados y tristes. Fracasó el proyecto de los cuarenta pisos, del rascacielo con garage y mercado particular. Quebró el consorcio. Los probables incautos no acudieron formando cola para depositar sus ahorros en las gavetas insaciables de los administradores del capital ajeno. La gente evoluciona, progresa, pierde su desconfianza estúpida a medida que crece. Ya no resulta señuelo propicio el departamento junto a las estrellas, con ascensores supersónicos, con aire acondicionado, con boite y solarium en la terraza. La gente se queda donde vive, con su platita a buen recaudo entre la lana del colchón o en el Banco. Ya llegará el momento, la oportunidad, la pichincha. Que los propulsores del gigantismo edilicio hagan patria con sus dineros.

Llueve sobre el baldío. El agua lava su rugosa cara, salpicada de protuberancias inmundas. Al pie de la provisoria pared que pretende esconderlo se agranda el área de un charco, fangoso, resbaladizo. Cunde un olor indefinible, con vaharadas de basura fermentada y un aroma dulzón de baldío muerto. Trueno y relampaguea sobre el espacio vacío, recortado, sujeto por los tres muros. Es de noche. En su ámbito se dan cita los gatos libidinosos, los perros pasados de hambre, los fantasmas sin domicilio. Unos maúllan con celo, enconados; los otros hurgan en los desechos, entierran huesos; los fantasmas ventilan su sábana y quedan en sólo bruma, en croquis de humo apenas visible.

Amanece. El sol alumbró el baldío sin tocarlo. Matinales raquíuticos, sin clorofila, de color verde oxidado. Un linyera arrebuñado en sus cobijas de papel de diario, el esqueleto de una cama jaula, una excavación profunda y un declive que no se sabe adónde lleva, con sugestión de sótano futuro, con un silencio de hierro centralizado en el guinche mastodonte que dormita en el fondo.

Uno, dos, a veces más en cada cuadra, con su rectángulo de cielo encima. Buenos Aires, abigarrado, compacto, oscurecido por los gases mordientes de sus automotores, respira por los baldíos que se eternizan en su condición de tales. Dejarán de ser algún día, lamentablemente remoto. Un día que está fuera de nuestro calendario. Porque ha de corresponder al porvenir más ignoto el hastial de cemento que asentará su corpulencia maciza sobre el solar inculco cotizado en millones. Lo verán quizás nuestros nietos, sin añoranzas, indiferentes, sin deslumbrarse por su altura orgullosa, atentos solamente al cuidado de esquivar el tramo peligroso que el último aguacero ha provocado en el estrecho sendero de los peatones, frente al lugar preciso que señala la presencia de un baldío, pero que no es el mismo de hoy, sino el que se encuentra exactamente debajo de este inmueble ciclópeo que limita con uno de sus muros la expansión del baldío que nos pertenece.

¿Aquí qué había? Un caserón sombrío, con puerta de cancel y aljibe al fondo, con higuieras centenarias y recovecos inverosímiles. Un comité político, un depósito de vinos, una casa pública, escarnio y desprestigio del barrio. Aquí soñó un poeta, velaron a una maestría adolescente y en una noche de carnaval se refugió un pistolero perseguido... El viento, en remolino, remueve el papelerío disperso, levanta pavesas, cambia de sitio el polvo y las cenizas. Achatada y siniestra atraviesa una rata la soledad del baldío...